

lo. Resplandecía el sepulcro del santo rey con el brillo de la plata entre augustos sarcófagos, y al pié del sepulcro el oficiante, asistido de varios eclesiásticos, ofrecía al cielo el mas sublime de los sacrificios. Sobre las gradas del altar se arrodillaba humildemente un viajero, un descendiente de este gran santo. Sentíme completamente trasportado, é invoqué para mi familia ausente la intervencion de aquel que supo unir a las hazañas de la espada, el fervor de la oracion. Esta misa de la mañana, oída en una capilla de la gran catedral, cerca del sepulcro de Fernando, quedará siempre en mi memoria como un noble y fortalecedor recuerdo.

De ahí nos dirigimos a la orilla del rio para embarcarnos en el vapor «San Telmo,» y fué necesario decir: ¡Adios, Sevilla! El buque humea y páрте; el encantado palacio de San Telmo desaparece detrás de los árboles de las Delicias; el rio forma un codo, y sobre las verdes llanuras no se percibe ya mas que la imponente catedral, con su poética giralda que se lanza majestuosamente al cielo. Algunos instantes más, otra vuelta, y Sevilla con sus palacios moriscos, sus bosques de naranjos, sus seductoras mujeres, y sus corridas de toros, solo será un dulce sueño desvanecido! Pero este sueño conservará en mi memoria una frescura y una juventud eternas.

CAPÍTULO CUARTO

GRANADA Y LOS MOROS

20 de Setiembre de 1851.

Por la mañana nos encontramos enfrente de la roca monstruosa que se levanta como un Titan gigantesco sobre el Océano y el Mediterráneo: de cada parte que se la contempla, presenta a la vista un aspecto siempre nuevo. Gibraltar tiene el poder de atraccion, a la vez seductor y horrible, que no deja nunca de ejercer la grandeza destructora. Lo que excede de las proporciones ordinarias de la naturaleza y de la vida de todos los dias, subyuga el corazón del hombre y le atrae con una fuerza magnética, como las olas espumosas de un remolino. En la grandeza destructora residen la hermosura y el atractivo de Gibraltar; esa roca gigante, calva, desnuda y calcinada por los rayos del sol. La ciudad nada tiene de grandioso, sus casas están limpias y bien conservadas, pero son pequeñas é insignificantes; todo tiene un carácter de pequeñez y de comodidades de aldea; es un lugar de guarnicion con su sello militar y prosaico, de donde el espíritu práctico y frio de Inglaterra ha desterrado el romanticismo hispano-morisco. Son las costumbres de la casaca roja trasplantadas en el suelo ardiente del Mediodía. Para el comercio Gibraltar es una estacion muy segura, pero que todos atraviesan, sin permanecer en ella.

La gran plaza de armas, entre el parque y la ciudad, está adornada con soberbios árboles que merecen admirablemente su nombre español de *sombra*. Por el contrario el parque, que se extiende

hasta subir a las colinas, y que ofrece en muchos puntos encantadoras perspectivas, estaba enteramente seco a causa de la estación. Aquí se encuentran dos monumentos curiosos: el busto de Wellington colocado en una columna al pié de la cual está puesto horizontalmente un gran cañón, y la estatua del valiente Elliot, tenaz defensor de Gibraltar. Lo grotesco de esta estatua excede a cualquiera descripción: con su inmenso sombrero tricornio en la gran cabeza adornada con una peluca con coleta, las piernas semejantes a husos, teniendo en su enorme mano las llaves doradas de la ciudad, el viejo héroe en pié sobre una lápida de mármol, tiene el aspecto de un fantasma gigantesco que se pasea en las calzadas del parque. Preciso es convenir en que los pobres ingleses están muy atrasados en las cosas de arte: conocen las comodidades y el *non plus ultra* del bienestar práctico; pero el arte es un accesorio que no comprenden; son todo lo contrario los italianos, tan apasionados *per le belle arti*. Estos, por puro amor al arte, tiritan de frío en sus palacios inmensos, bajo sus artesonados pintados al fresco, sin cuidarse de la molesta compasión que inspiran a los extranjeros. Los alemanes y los franceses son los únicos que han sabido asociar el arte a las comodidades de la vida.

Gibraltar, 22 de Setiembre de 1851.

Una hermosa y ancha vía trazada entre pintorescas rocas y agradables villas costea el parque, atraviesa la plaza de armas, y conduce hasta una puerta, sobre la cual el águila imperial, que no se ha quitado de allí, recuerda aún la antigua dominación de los Hapsburgos. Por esta puerta entramos a la ciudad para dirigirnos al *Convento*, donde nos esperaba un *lunch* en las habitaciones del amable gobernador. Ignorantes, como entónces lo estábamos, de las costumbres inglesas que permiten a los convidados pedir lo que gusten y aun tomarlo, sufrimos el suplicio de Tántalo saboreando con el olfato el aroma de los asados, y limitándonos a pequeñeces bien insignificantes. Cuando nos preguntaban lo que deseábamos, respondíamos de una manera evasiva, y los prácticos ingleses deben habernos creído miembros de alguna sociedad de templanza, no obstante que estábamos bien hambrientos.

Hubo en la noche una brillante comida en honor nuestro en la sala principal de la antigua iglesia del convento. Todo lo que había de *gentlemanlike* en Gibraltar llenaba los salones del gobernador. Las armonías del himno nacional nos dieron la bienvenida mas amable y digna, y nos proporcionaron la ilusión de que estábamos en una fiesta patriótica. El viejo gobernador, con grande uniforme de general de artillería y cubierto de las mas honrosas condecoraciones militares, salió afectuosamente a recibirnos, y después de las presentaciones de costumbre, en las cuales la vieja Inglaterra procede siempre con alguna torpeza, cada uno tomó del brazo a una compañera, y nos dirigimos al comedor, resplandeciente de luces é ingeniosamente adornado con banderas de los regimientos que están de guarnición en Gibraltar.

Nos rodeamos de la mesa, y yo tomé asiento entre el gobernador y su amable señora. Aquí tuve diferentes materias de observación, porque en casa de sir Roberto se come a la antigua moda inglesa: los ayudantes están a los extremos de la mesa y son quienes sirven; trinchan y manejan gravemente y con dignidad las grandes piezas, y algunas veces los animales enteros. Cada convidado tiene al frente una botella de Jerez y un frasco lleno de agua. Como todo esto era nuevo para mí, tenía gusto en poder estudiar al natural las costumbres hereditarias de la altiva Albion. En el acto de instalarnos, la concurrencia se levantó de nuevo: por un instante permanecí sentado y en la mayor consternación: creí que el furor de los brindis, tan genial de los ingleses, comenzaba aun ántes de que el estómago tuviese tiempo de fortificarse. Pero el gobernador dirigió algunas palabras a un personaje que estaba sentado frente a él, y el arcedian recitó una oración: al punto me puse en pié, contento de ver perpetuar la antigua y hermosa costumbre de comenzar la comida consagrándola con un pensamiento religioso. Desgraciadamente este hábito ha caído en desuso en nuestros países católicos, donde la moda, que es la verdadera religion de las clases ilustradas, impide que uno deje ver a su prójimo que aun piensa alguna vez en el Dios de sus padres. A nosotros los extranjeros nos parece ridícula la costumbre inglesa de invitarse a beber los unos a los otros, y sin embargo esto tiene algo de amable y de afectuoso: casi todos los convidados

búscan con una mirada inquieta a través de los floreros y de los adornos que están sobre la mesa a la persona que quieren distinguir, ó si está demasiado lejos para que pueda llegarle la voz, la hace prevenir por medio de un criado; pone algunas gotas de jerez, lo cual hace el convidado punto por punto, despues ambos se dirigen una mirada fija, y sin mover los labios inclinan la cabeza a la manera de un saludo, beben, y todo está dicho: practicada esta ceremonia con una flema increíble, recuerda bastante las fisonomías de las pagodas chinescas.

Despues del servicio principal, cuando se han consumido los asados, la servidumbre retira todo lo que hay sobre la mesa hasta los vasos y las servilletas, y ponen sobre el mantel nuevos vasos en pequeños trastos con agua fresca que sirve para lavarse las manos y la boca al fin de la comida. Las personas sentadas a la mitad de la mesa están provistas de grandes botellas llenas de los principales vinos. Se comen algunas cosillas insignificantes, y despues de esto el dueño de la casa hace oír el reclamo tradicional: «*Gentlemen, will you charge your glasses*»;¹ cada cual segun su preferencia se provee de cerveza, jerez ó burdeos, y entónces comienza la série de brindis.

El digno anciano se levantó, y quedamos agradablemente sorprendidos al oírlo brindar en alemán por la salud de nuestro muy amado soberano. Aunque la gramática bien pudiera tener de que quejarse, aquellos votos nos llegaron al corazón porque eran expresados en nuestra lengua materna. Conforme a la costumbre inglesa, todos permanecieron sentados, con excepcion del dueño de la casa, y las muestras de aprobacion se manifestaban dando con las palmas de las manos sobre la mesa, lo que en masa no parece mal. En aquel momento resonó en la sala el himno austriaco: «*Dios conserve.....*»

Despues de los bríndis, las señoras dejaron la mesa, y se dirigieron al salón para esperar a los hombres que continuaron tranquilamente bebiendo y conversando: presenta un aspecto bastante cómico ver á las pobres señoras desfilando humildemente por ambos lados de la mesa y salir por órden de los señores. Muchas gentes

¹ Señores, llenad vuestras copas.

reprueban esta costumbre como bárbara; pero a mí no me desagradaba: es bueno que las mujeres sepan que deben obedecer a los hombres, y la inmoralidad francesa nos enseña hasta dónde puede conducir la exageracion de una insulsa y absurda galantería hácia el bello sexo. Concluido el café nos reunimos con las señoras en el salón, y despues de haber cambiado algunas expresiones de urbanidad, nos retiramos. Con una noche espléndida y a través de las olas de una mar luminosa, Austria regresó a su palacio flotante.

Gibraltar, 23 de Setiembre de 1851.

Por la noche dí a bordo de la fragata una gran comida a la vieja Inglaterra: además de sir Roberto, convidé al capitán general español Calongi. En memoria del bríndis de la víspera, a mi vez, brindé en inglés por la salud de *little Queen*, despues de lo cual se pronunciaron algunos otros brindis. La música militar tocó el *God save the Queen*, el *Hymna burbonica*, y el magnífico: «*Dios conserve al emperador.*»

Tan luego como terminó aquella comida, pasamos al Covento a tomar parte en un baile con que el gobernador obsequió a sus huéspedes austriacos, y a pesar de las fatigas y de las correrías del día, bailamos valientemente. En materia de baile, las hijas de Albion van muy atrás de nuestras jóvenes alemanas: en el valse, por ejemplo, cualquiera de nuestras aldeanas es una reina en comparacion de estas nobles señoras que se mueven pesadamente y sin gracia. Pero su famosa reputacion de hermosura estaba en juego; dos personas se disputaban la manzana de la discordia, una inglesa, belleza calmada, serena y perfecta, de facciones regulares y de cutis blanquísimo, y una andaluza graciosa y ardiente, con cabellos de ébano, ojos llenos de brillantez y dulzura, hermosa como un sueño de amor, ligera como una gacela. La eleccion era difícil: escoged entre un hermoso día de verano en la fresca y tranquila naturaleza del Norte, y la noche española iluminada con la luna, en los bosques de naranjos enlazados con jazmines!

Granada, 30 de Setiembre de 1851.

En el centro de la antigua ciudad real, en la hermosa é interesante plaza de la Constitucion, se encuentra el venerable palacio de invierno de los reyes moros, actualmente palacio municipal. ¡Cuánto se indignarian los viejos monarcas si pudiesen leer la palabra *constitucion* en el frontispicio del antiguo asiento de su despotismo! En esta plaza se dieron por primera vez en España, como ya he dicho en otra parte, las magnificas *corridas* que, en su origen, no eran combates, sino solamente juegos. Allí soltaban a los toros, bajo el balcon real, y los moros ejercitaban su valor y su fuerza luchando contra su adversario; pero sin matarlo con la *espada*. La caballería cristiana, por su amor a los combates dió a esta diversion un carácter mas serio. En Granada fué donde vine á descubrir el verdadero origen de estas fiestas: ¿debemos atribuirlo a los moros ó a los antiguos godos? No hallaba qué opinion adoptar, porque no podia formarme idea de los moros con su gravedad solemne y su traje oriental en presencia de un toro; miéntras que el furor, un poco salvaje y la bárbara energia de los antiguos godos, me parecian mas a propósito para esta clase de lucha. Esta costumbre morisca ha desaparecido completamente en África, a la vez que trasplantada por la caballería entre los inquietos y vigorosos hijos de la Península, ha recibido una vida nueva y sobrevive a todas sus revoluciones. Hoy, en nuestro siglo que se dice humanitario, entusiasmo y alegría al ardiente pueblo de España y a los extranjeros recién llegados.

La anécdota siguiente demuestra cuán importante es el papel que el toro, en general, representa en el país. Cuando la princesa de Montpensier vino por primera vez a Tarifa, donde hacia largos años que no habian visto un vástago real, la fiel poblacion imaginó que la manera mejor de hacer patente su alegría, era soltando toros por toda la ciudad. Fácil es de comprender la sorpresa de todas las personas que andaban en la calle: cada una se procuró un asilo, y todas las puertas se cerraron. Por la noche, bastante tarde, iba una dama de honor para su habitacion que estaba fuera del alojamiento señalado a la duquesa, cuando al atravesar una

calle se le aparece repentinamente uno de los animales de la fiesta: asustada la dama, quiso volver atrás; pero, ¡oh desesperacion! un nuevo monstruo venia por la otra extremidad de la calle. Todas las puertas están cerradas, y la situacion es verdaderamente crítica, como que va en ella la vida. Solo un *matador* seria capaz de obtener aquí un doble triunfo . . . nuestra *doña* estaba perdida; pero una puerta se abre furtivamente, y la cuitada mujer encuentra un asilo, sin otro daño que el miedo que sufrió. Esta anécdota, que supe por boca del amable duque de Montpensier, pinta de una manera enérgica las costumbres españolas.

Nos dirigimos luego a la imponente catedral para visitar su parte interior: a la sazón que entráramos tocaban el órgano, cuyos sonidos roncós y chillones turban de una manera desagradable la calma religiosa de la iglesia. Felizmente esta música, poco edificante, no duró mucho tiempo. El sonido del órgano, en general, no me agrada demasiado, jamás me parece puro y claro, y muchas veces creo que no es dulce y tierno: tiene algo de mecánico, se oyen mucho los fuelles y los suspiros del aire, aunque en los raros momentos que no sucede esto, el efecto que hace es grandioso y sublime: se cree entónces oír las armonías de las esferas celestiales, y nada corresponde mejor a la magnificencia y a la majestad del culto católico.

Dejamos el centro de la iglesia para buscar los recuerdos de la historia en la notable *Capilla Real*. Esta capilla estaba iluminada con cirios, que es la luz que mas conviene para la contemplacion atenta y recogida de las obras del pasado: se halla separada del templo por una hermosa reja de hierro, tras de la cual resplandece, con el brillo de los colores y de los dorados, un altar gótico maravillosamente esculpido; venerable monumento de una época poética en que reinaba una piedad infantil. Aquellos rostros sencillos y expresivos, aquellos adornos ingeniosamente enlazados, están llenos de gracia y de encanto. Llamán principalmente la atención dos bajorelieves, de los que uno representa al infortunado rey de los moros Boabdil, saliendo de la Alhambra para entregar a Fernando, su vencedor, las llaves de la fortaleza: en el otro se ven varias mujeres moras con las cabezas inclinadas sobre la fuente bautismal, recibiendo la consagracion de la fe cristiana. Estas dos obras son

curiosas por los ropajes de las figuras, que difieren sensiblemente de los trajes moriscos que se usan hoy. Pero son aun mas interesantes cuatro retratos esculpidos en madera y pintados de colores, de Fernando, de Isabel, de Felipe, y de su hijo el gran Carlos V. Felipe, a quien se llamó el *Hermoso* por sus contemporáneos, tiene las facciones grandes y pronunciadas de los Hapsburgos, que caracterizan tambien el rostro de su padre, Maximiliano, y que tienen algo del carácter típico peculiar de aquella época. Cada siglo y cada país tienen sus tipos particulares, sus fisonomías que se reconocen fácilmente; y de este género es la fisonomía del gran príncipe alemán, del noble Max, que ha legado esta herencia a sus descendientes. Si hemos de juzgar a la gran Isabel por el vestido con que está cubierta, debe haber sido fría y austera, altanera y piadosa, y de un carácter enérgico. Yo creo que Fernando fué el *católico* mas insignificante. La imagen de ambos esposos se encuentra otra vez en las sacristía, donde nos enseñaron dos sarcófagos de mármol blanco; cada uno tiene encima dos estatuas acostadas, de una ejecucion admirable: graves, solemnes, parecen cadáveres de piedra: en el uno se reconocen a Fernando é Isabel; en el otro a Felipe el Hermoso y Juana la Loca; Carlos V, hijo de estos últimos, mandó levantar en su memoria esa magnífica sepultura. El primero de los sepulcros tiene el sello de una época rígidamente católica: el segundo está revestido con esos ricos adornos medio cristianos y medio paganos que tanto convenian al gusto mas delicado, pero ménos elevado del siglo diez y seis. Contemplaba yo las imágenes de mis progenitores tan hermosos con la fisonomía de la muerte: fueron grandes hombres que tuvieron un digno lugar en la historia, porque representaron su papel en la vasta escena del mundo.

Fueron tronco de una poderosa dinastía que ha reinado en muchas partes, y ahora descansan abandonados en una capilla solitaria: «*vanidad de vanidades!*» En otro tiempo vivieron circundados por el esplendor de una corte numerosa; hoy un sacristan, vestido miserablemente, toma una antorcha, abre la puertecita de hierro y me conduce por una estrecha escalera a una bóveda baja y fría, donde la verdad se muestra triste y desnuda y me recibe con una ironía siniestra. Jamás penetran hasta allí las miradas

de los olvidadizos herederos. El corazón se oprime al ver esas reales parejas que en su vida fueron tan poderosas y tan altivas, encerradas en su estrechos ataúdes, y el horrible *memento mori* resuena como un fúnebre tañido hasta el fondo del alma, y me hace temblar.

En toda España yo era el pariente legítimo mas próximo de aquellos pobres muertos, sí, mas próximo que los soberanos y los príncipes del país, y sentí cuán durable es el sentimiento del parentesco aun despues de muchos siglos: mi alma se llenó de tristeza al ver que aquellos ilustres cadáveres estaban abandonados así. La nueva dinastía real no piensa en ellos; solo yo estaba allí, con mi sencillo vestido de viaje, junto a las tumbas de aquellos, cuyo trono, donde el sol no se pone, ocuparía mi familia, si no hubiese existido Carlos II.

Tambien encontré en la oscura bóveda los restos de D. Miguel, hermano mayor de Carlos V, que murió a los trece años de edad de una caída de caballo. La existencia y el desgraciado fin de aquel príncipe, que por los decretos del destino debía dar lugar a uno de los mas grandes hombres que ha visto el mundo, me habian sido hasta entónces desconocidos. La historia no menciona esas cortas existencias, y Clío solo consigna en sus libros los nombres de las personas que ejecutan grandes cosas ó que se atraviesan en el camino del progreso: la historia no reconoce mas que a los que la forman ó a los que la resisten. Causa tristeza pensar en tantas existencias ahogadas de esta manera; pero ¿qué sería del mundo, si todos los que nacen llegaran a ser grandes hombres?

Comenzaba el crepúsculo a penetrar bajo las bóvedas misteriosas, como un velo sombrío extendido sobre el imperio de la muerte; el *Cuasimodo* abrió una piececita, hizo dentro de ella cierto rumor en la oscuridad, y volvió a aparecer con las insignias reales de Fernando el Católico y el libro de oraciones de la reina Isabel. Aquellos objetos que los señores y los pajes se disputaban en otro tiempo el honor de llevar, eran enseñados ahora por el bedel de la catedral al viajero extranjero. Toqué el círculo de oro y la espada ántes tan poderosa, con un sentimiento mezclado de orgullo, de codicia y de melancolía. ¡Qué hermoso, qué brillante sueño para el nieto de los Hapsburgos españoles blandir la espa-

da de Fernando para conquistar la corona! Aquellos restos venerables de una antigua grandeza sirven hoy de juguete a los extranjeros y a los curiosos. Pregunté al sacristan si podría adquirir la diadema del santo rey por un buen precio, pero rechazó este ofrecimiento. Hacia poco tiempo que se le había prohibido enseñar los ornamentos de la iglesia bordados por la propia mano de Isabel, porque un inglés se atrevió a cortarles algunas franjas.

Antes de abandonar la catedral pudimos leer en la pared una orden episcopal recordando al público, que los que se reúnen en corrillos ó se ocupan de mujeres, deben pagar una multa, si no quieren incurrir en la pena de excomunion.

A favor de la oscuridad nos dirigimos, atravesando calles sombrías y estrechas, a la casa de una receptadora que comercia con los adornos que arrancan los presidiarios de las paredes de la Alhambra. La vieja se turbó mucho con nuestra presencia, y quiso hacernos creer que cortaban la mano izquierda del que robase los famosos arabescos del Palacio de Verano.

Al regresar a nuestra *fonda*, oímos en las calles algunos cantos y campanillas: eran gentes que en honor de la Virgen y de los santos, ó para pedir limosna, se paseaban por las calles cantando letanias; costumbre, sea dicho entre paréntesis, bastante incómoda para los que tienen necesidad de sueño y de descanso.

Granada, 1.º de Octubre de 1851.

Habían dado las seis cuando dejamos la posada para ir a rendir nuestros homenajes a la maravilla por excelencia de la España morisca, a la poética *Alhambra*. Era el punto culminante, la última y mas bella curiosidad de nuestro hermoso viaje: íbamos a disfrutar de uno de esos momentos de goce estático, como se tienen muy rara vez en la vida. La atmósfera estaba clara y prometía un hermoso día. Dejamos a un lado el Palacio de Justicia, construcción majestuosa del siglo diez y seis, sobre cuyo techo se vé una enorme campana; pasamos sin detenernos frente a la casa del *pérfido Gomer*, que tiene una novelesca historia que mas adelante daremos a conocer, y llegamos por fin a la puerta de Carlos V en la fortaleza de la Alhambra.

En mi país se figuran a la Alhambra como un castillo fantástico ó a lo ménos como una villa real, y se engañan miserablemente: es una fortaleza imponente edificada sobre las rocas, cercada de murallas gigantescas, de numerosas torres y de pesadas puertas. En cierra en su recinto dos residencias reales, el Palacio de Verano de los reyes moros y el incompleto palacio de Carlos V, algunos centenares de casas, jardines y campos; su población ascendía en la época del sitio a cuarenta mil almas. Hoy se le considera como una ciudadela; pero, ¡qué hermosa ciudadela es esta fabulosa y divina mansion!

Vista desde abajo, la Alhambra se asemeja a un viejo castillo alemán de la edad média, con sus baluartes, sus torres y sus murallas, y al contemplarlo cree uno estar en Alemania, pero en una Alemania transfigurada. Cuando se penetra en el parque magnífico que circunda la montaña y se extiende hasta el castillo, qué lujo de verdura, qué brillante vegetación se presenta a la vista. Los árboles, eternamente regados por frescas fuentes, levantan sus cimas potentes formando bóvedas majestuosas; los anchos y hermosos caminos cercados de rosas y de laureles, se extienden con nobleza y al mismo tiempo con gracia, bajo un artesonado natural de encinas, castaños y plátanos. Todo sonríe y resplandece en una primavera perpétua; los estanques de mármol se desprenden pomposamente sobre la tierna yerba, que tiene el aspecto de una naturaleza primitiva, sencilla y grave con su riqueza y su majestad.

Mi corazón se dilataba en las calzadas de aquel parque: me creía trasportado a mi país natal, en Heimbach ó en Dornbach, pero en los primeros días de Mayo, no en principios de Octubre..... El mes de Mayo es eterno aquí. Granada tiene el privilegio maravilloso de reunir la frescura y la vegetación septentrionales, a los misteriosos encantos de la naturaleza del Mediodía.

Otra segunda puerta morisca nos condujo a la otra parte de la muralla de recinto, sobre una extensa plaza que hay entre el palacio de Carlos V y la Residencia de Verano. Los moros abrieron allí aljibes, cuyas bóvedas se extienden bajo la plaza, y guardan una agua fresca y deliciosa. Frente a nosotros, a la izquierda de la residencia de los Califas, se levanta la *Torre de la Vela*, gran-

de y majestuosa, formada de encarnados ladrillos: en su cumbre la bandera cristiana anunció a España el glorioso triunfo de los príncipes católicos el día 2 de Enero de 1492. A un lado del parque está la *Torre del Vino*, con sus arcos moriscos, de formas elegantes y de ricos colores; en ella vendian los cristianos el vino bajo la dominación musulmana. Todo se halla enlazado con paredes irregulares, cubiertas de yerba; parecen las ruinas imponentes y poéticas de un inmenso castillo feudal.

Avanzando por el parapeto, entre la torre y el castillo, se ofrece a la vista una perspectiva incomparable; un mundo encantado de casas y de jardines se extiende al pié de la colina, por el escarpado valle del Darro y en la llanura: es la misma ciudad de Granada con sus altas iglesias, sus torres y sus baluartes. Sobre la montaña, que está enfrente de la Alhambra, se percibe en medio de fresca yerba, la antigua ciudad morisca de Albaycín; mas allá, en el éter vaporoso del Mediodía, aparece la rica *Vega*, coronada en el horizonte por majestuosas montañas, y detrás se levantan las plateadas cimas de la Sierra Nevada.

Examinando los edificios que se encuentran delante de mí y buscando con la mirada el tan famoso palacio de Verano, no veo mas que paredes irregulares y desnudas; y la razón es, porque una de las reglas precisas de la arquitectura oriental, consiste en que las casas aparezcan sin carácter ninguno en el exterior, y se reserven para el interior toda la riqueza y todos los adornos, así como una negra concha guarda en su humilde cubierta el puro tesoro de las perlas.

El interior del palacio de Carlos V es majestuoso é imponente. El gran Carlos era poeta al mismo tiempo que emperador: recorriendo su hermosa España encontró a Granada y se enamoró de ella: la frescura de la naturaleza septentrional, unida a la exuberancia de la naturaleza del Mediodía, sedujeron su espíritu romántico. Aquel era el lugar que debía habitar; no era el emperador sino el poeta quien gustaba de la Alhambra: los jardines, llenos de rosas; los patios adornados con mirtos; los estanques de mármol y los surtidores de agua con su polvo húmedo y plateado; los pescados brillantes que juegan en el cristal de la ola; las erguidas columnas de mármol; los festones esculpidos y los arabescos fabu-

losos; la vida fantástica y contemplativa, embellecida con el perfume de las flores; el canto de los ruiseñores; las armonías de la música y el rumor de las aguas..... todas esas voluptuosidades le ofrecia el interior del palacio morisco; pero aquellas cosas agradables no fueron hechas por el dueño del mundo que no tenia tiempo de soñar sobre aquel trono iluminado siempre con los rayos del sol.

La habitación del gran Carlos debía ser imponente; por esto hizo arrasar el palacio de Invierno morisco, para edificar su residencia real sobre las ruinas del mundo encantado que demolia. Quizá cometió un crimen imperdonable respecto del arte; pero su palacio de piedras gigantescas realiza con su masa la idea del poder soberano, mientras que el palacio de Verano de los reyes moros que está en pié, no produce mas que un efecto romántico y gracioso. Es la habitación de los silfos tejida con los rayos de la luz de la luna: en él se puede soñar, pero no se puede reinar. El palacio de Carlos V tiene la severa majestad de un príncipe que usa casco y corona: la residencia de los Califas se parece a una sirena con perlas húmedas en sus flotantes cabellos. Si yo fuese monarca y tuviese que escoger entre las dos residencias, sin vacilar tomaria el palacio del gran Carlos.

Entramos por una puerta adornada en su parte superior con una arquería en forma de herradura practicada en la pared lisa, y como por encanto, nos encontramos separados del resto del mundo y trasportados al reino de los sueños: estábamos en un largo y delicioso patio adornado en cada extremidad con elegantes pórticos de arcos afiligranados. En medio está una fuente rectangular rodeada de mirtos, de violetas y de rosas: su límpida ola se ve adornada con alegres pescados de oro, y es alimentada por surtidores de agua y unos caños pequeños abiertos entre las losas del patio. Desgraciadamente en aquel día no corrían los surtidores de agua que son unos de los principales encantos de la Alhambra. En una de las extremidades, la que toca al palacio de Carlos V, el edificio tiene tres pisos: el primero, formado por una galería cuyas columnas de mármol tienen chapiteles primorosamente trabajados, pintados de azul, con arabescos y adornos fantásticos. En el segundo piso se extiende otra galería con ventanas cerradas con una reja de ma-

dera como todas las casas orientales, y sobre esta galería existe una sala de columnas delgadas cubierta con un artesonado de madera ricamente esculpido. Esta parte es la más elevada del palacio morisco, pues las otras solo tienen uno ó dos pisos bastante bajos. Parece que aquí debe haber estado el punto de comunicación con la residencia de invierno actualmente demolida, porque aun se distingue una puerta que conduce al palacio del emperador. El más bello adorno del patio, es aquella fuente tersa y limpiada que se extiende entre los pórticos como un tapiz de plata bordado de flores. Esta abundancia de flores y de agua, ha dado origen a los tres nombres con que se conoce este patio: Patio de los Mirtos, del Estanque, ó del *Mezouar*, palabra árabe que significa baño de mujeres.

¡Cuánta voluptuosidad debe sentirse descansando aquí en la primavera en las noches calmadas y serenas, cuando la violeta y el mirto confunden sus perfumes, cuando el canto de amor de los ruiseñores resuena en los aires, acompañado con el melodioso rumor de los surtidores de agua, y cuando el nítido espejo de las fuentes refleja los rayos plateados de la luna!

Una elegante alcoba, practicada en la pared y adornada con azulejos, servía para el centinela que cuidaba el Patio de los Leones: seguramente no existe en el mundo una garita más poética.

El *Patio de los Leones*, que es el más hermoso y constituye una de las maravillas de la Alhambra, toma su nombre de una fuente de alabastro con doce ángulos sostenida por doce leones y destinada a recibir las transparentes aguas que se desprenden de un jarro superior. Se penetra a este patio por dos puertas opuestas, pero que no están exactamente la una enfrente de la otra; porque el arte morisco no procura esa regularidad sistemática y cansada, que es el mayor enemigo de la poesía en todas las cosas, y también por consiguiente, en la arquitectura. El patio es rectangular, y está rodeado por una portalería, cuyo aspecto tiene algo de fantástico: en las esquinas tiene unos kioscos que parecen piñones abiertos ó templos pequeños, que descansan en ligeras columnas, y encierran surtidores de agua en su parte interior. Todo está calado y dividido por líneas ingeniosas, que ofrecen a la vista muy vistosas perspectivas: los adornos están recortados como velos de

encaje; parecen tejidos con una ligereza aérea, y que están colgados y detenidos con alfileres de diamante. Los arabescos se enlazan formando eternos enigmas: algunos arroyos pequeños conducen el agua de una fuente a otra, y todo aquel conjunto despiden un perfume de poesía que comunica al alma del espectador un dulce éxtasis, un sueño lleno de encantos.

Ciento veintiocho columnas sostienen el ligero peso de aquella arquitectura, y sirven de elegantes apoyos a aquella tienda de piedra. En efecto, la Alhambra, lo mismo que el Alcázar de Sevilla, y aun con mayor razón, es una tienda digna de los genios. ¿No son velos y encajes los que van de una columna a otra? ¿No son telas recamadas de oro, tapices de cachemira ó del Thibet los que extienden por las paredes sus brillantes esplendores? ¿No cree uno a cada instante que ese ligero tejido va a ondular y estremecerse a las caricias del viento? Sí, realmente esta es la tienda maravillosa que el Califa mandó traer del remoto Oriente, para levantarla en la verde colina de Granada, y retirarse en ella con la desposada de su corazón en el florido mes de la voluptuosidad. Mas esta frágil creación era demasiado hermosa para perecer, y el arte ha fijado en piedra la obra de seda y de lino, de flamante púrpura y de oro reluciente: el velo de novia de la sultana, y sus elegantes aderezos, se han combinado en una obra espléndida que ha desafiado a los siglos y deja adivinar, por las seducciones de hoy, lo que debieron ser la magnificencia y los encantos de otra época.

Pero todo esto no es más que una tienda muy poética, sin duda, mas sin grandeza verdadera. A pesar de sus cuatrocientos años de duración, la Alhambra no puede ser otra cosa que el capricho efímero de la fantasía: falta en ella esa impresión poderosa de la estabilidad. Francamente lo confieso: no obstante el seductor recuerdo que ha dejado en mí este palacio, no corresponde a lo que me esperaba: lo encontré muy pequeño, muy *bonito*, muy limitado; nada tiene de real, en vano se buscan en él las líneas atrevidas y las masas imponentes. Tal vez contribuyeron dos cosas a que se perjudicara el efecto que debió causarme este edificio: la primera, que el cielo estaba nublado, y por lo mismo no aparecía el sol, cuyos rayos dorados todo lo transfiguran en este mundo; y la segunda, que ya había visto el Alcázar de Sevilla, lo que dis-

minuía en parte el interés de la novedad, porque aquel monumento está construido por el mismo estilo que la Alhambra, y en muchos detalles presenta un aspecto más real.

Los moros conocían la magia omnipotente del agua, y sabían emplearla de la manera más graciosa en sus edificios más bellos, así como en sus jardines. No hay sala sin surtidores de agua, no hay patio sin fuente de mármol, no hay jardín sin cascadas retóricas y sin polvo de plata: de ahí vienen los dulces rumores, el baile ligero de las perlas húmedas, la frescura eterna, el vivificador alimento de la brisa en los días ardientes del estío y el murmurio armonioso en la calma de las noches alumbradas por la luna. El agua en las habitaciones es un lujo poético muy poco conocido entre nosotros, pero que yo pretendo introducir en mi interior doméstico cuando me sea posible. Nada es verdaderamente completo aun en los espectáculos de la naturaleza, cuando la mirada no encuentra el risueño aspecto del agua para refrescarse y descansar.

También tenían los moros el talento de asociar el brillo de las flores con el del oro y el del mármol; de esta manera reunían lo hermoso con lo agradable, daban amabilidad a las grandezas del arte y hasta cierto punto las hacían familiares. Entre nosotros se proscriben el verdor de las plantas para que el arte pueda presentarse a los ojos con toda su desnudez, como si una mujer hermosa, coronada de flores no apareciera dos veces más hermosa. ¿Y qué sucede entonces? Que se hacen figuras de *museo*, en donde todo está clasificado, es frío y fastidioso. Se cree que puede uno admirar con un catálogo en la mano y los espejuelos en la nariz; pero no se disfruta del arte como de un adorno de la existencia que embellece la vida con goces necesarios y distracciones benéficas: se le aísla, se le hace perder su verdadero destino que es el de ser tejido como un hilo de oro en la trama de nuestros días.

La prueba más palpable de lo que digo es Munich, esa ciudad en que tan empeñosamente se ha separado el arte de la vida, en que se le ha calzado el coturno, y en que tal vez está muy sujeto a las reglas; pero siempre frío y congelado. Grecia comprendía mejor las verdaderas condiciones del goce estético: sus templos, medio ocultos en bosques de cipreses y las imágenes de sus dioses

adornadas con guirnaldas de rosas, eran como cadenas de flores destinadas a unir el arte con la naturaleza.

La extensa pared del patio de los Leones es medianera de la *Sala de los Abencerrages*, se entra en ella por una ancha puerta que tiene a los lados otras dos más pequeñas y dos nichos de mármol blanco donde los moros dejaban el calzado antes de seguir más adelante. Si hemos de creer a la tradición, por la puertecita de la derecha entraron los desgraciados Abencerrages, atraídos por el rey Abu-Abdallah para ser inmediatamente decapitados junto a la fuente de los Leones. Aun enseñan hoy los pretendidos vestigios de la sangre derramada, extensas manchas rojizas en el fondo de la fuente, lo mismo que se enseña la sangre de Wallenstein en el suelo del palacio municipal de Egra.

Existen dos versiones de la historia de los Abencerrages que formaban una especie de corporación de caballeros en la corte de los reyes moros.

Dice una de ellas que Zoraya, señora de origen cristiano y de maravillosa hermosura, fue esposa de Abu-Abdallah (cuyo nombre comúnmente se contrae llamándole Boabdil), a que se daba el apodo del *Rey chico*. En la corte de aquel rey, para desgracia y ruina del imperio, vivían en completa enemistad dos partidos de caballeros, a saber, los Abencerrages y los Zegríes; los primeros descendían de Ibn-Serraj, gran visir de un antiguo rey de Córdoba, y formaban una familia poderosa de muy extensas ramificaciones; los segundos eran caballeros de Zaragoza, y otras ciudades de Aragón que se habían retirado a Granada después de la conquista de aquella provincia: se les llamaba Tsegrinn, es decir, pueblo de Tseghr, nombre árabe del reino de Aragón. Uno de los personajes más poderosos en la corte de Boabdil el Chico, *el pérfido Gomer* (cuya casa vimos a la entrada de la Alhambra), era del partido de los Zegríes, y alimentaba un resentimiento implacable contra los Abencerrages y contra la influente Zoraya, que era la más hermosa de las sultanas: su rostro resplandecía como la rosa de Damasco, sus ojos excedían en brillantez a los de las gacelas del Darfour, y sus cabellos flotaban como las hojas de los palmeros tirios. Para perder con un solo golpe a sus dos enemigos, Gomer contó al rey, muy suspicaz por su naturaleza, que había vis-

to a la noble sultana conversar con un Abencerrage al pié de un ciprés del Generalife; castillo situado en una colina a la espalda de la Alhambra. Tomando en consideracion las celosas costumbres de los orientales, se comprende que aquello fué bastante para que se produjese en el corazon del rey, la resolucion terrible que debia ocasionar la pérdida de los Abencerrages y el cautiverio de la sultana.

Aun enseñan a los extranjeros la galería cerrada con una reja de hierro, en que Zoraya salia a respirar el aire de la tarde, y en que mucho tiempo despues, fué estrechamente vigilada la madre de Carlos V, cuando se volvió loca. Aquella galería me recordaba los pequeños corredores en que se pasean los osos en la casa de fieras de Schoenbrunn.

En la fuente de los Leones cayeron las cabezas de treinta y seis Abencerrages atraidos por Boabdil a aquella celada, y todos los otros habrian sufrido la misma suerte, a no ser por un pajecito que corrió a darles noticias de lo que pasaba, con peligro de su vida, impidiendo de esta manera que los restantes entrasen en el patio fatal. Zoraya tuvo mejor suerte que los caballeros sacrificados por ella; porque habiendo llegado a países cristianos la historia de su cautiverio, varios jóvenes nobles del ejército real tomaron la resolucion de salvarla: al efecto se presentaron a Isabel la Católica, y le pidieron que les permitiese ir a combatir por la inocencia de la sultana.

Otorgada que les fué esta autorizacion, se disfrazaron de caballeros moros, penetraron en la Alhambra, merced a su conocimiento del idioma árabe, y ante el mismo rey provocaron a combate singular al calumniador Gomer.

Refiere la otra version que un sultan llamado Muley-Abul-Hasan-Ali (que los escritores españoles designan sencillamente con el nombre de Alboacen), hijo de Mahomet X, tuvo dos mujeres, su prima Ayesha y la famosa Zoraya que ántes hemos mencionado. Ambas le dieron herederos varones; pero el rey amaba apasionadamente a la segunda, lo que excitó hasta el mas alto grado los celos de Ayesha, y le hizo temer que su esposo llegara a preferir los hijos de su rival a los de ella. Atrajo a su causa a los Zegríes, miéntras que los Abencerrages se declararon por Zoraya.

Abu-Abdallah-Mohamed, por contraccion Boabdil, uno de los hijos de Ayesha, huyó de Granada a Cádiz en Junio de 1482, se hizo proclamar rey, volvió vencedor a Granada y destronó a su padre. Excitado por los Zegríes quiso tomar venganza de los Abencerrages, los llamó a su lado, bajo pretexto de reconciliarse con sus enemigos, y cuando los tuvo en su poder, los asesinó cobardemente.

Cualquiera que sea en el fondo la realidad de esta historia, ella no deja de ser sangrienta, y las desgraciadas víctimas de aquella horrible traicion han dejado su nombre a esta sala, cuya hermosa y poética arquitectura no merecia, sin duda, producir semejante recuerdo.

Toda está construida de cantería, con alcobas laterales, y sostenida por una doble arquería de columnas esbeltas, con esculturas elegantes que ascienden formando una especie de cimborrio con su cúpula y su linternilla, por donde penetra en el interior una luz suave a través de una celosía primorosamente trabajada.

Aquellos lugares, cuyas delicias celebraron los romances árabes y españoles, están hoy desiertos: el ruido melancólico de los juegos de agua se pierde en el vacío, y todo aquel oro, y toda aquella magnificencia, brillan nada mas que para los extranjeros y los presidarios. Allí se siente el silencio de la muerte, y la luna ya no resplandece sobre la poesía del pasado.

Enfrente de la sala de los Abencerrages, está la de las *Dos Hermanas*, llamada así por dos losas de mármol de igual magnitud que adornan el pavimento. Una ancha puerta, opuesta a la entrada principal, conduce a una galería magnífica donde se encuentra un pabelloncito adornado con columnas y arcos deprimidos: desde allí la vista se extiende sobre un jardín interior en que florecen mirtos, naranjos y rosales. Aquel pabellon, que en otro tiempo servia de retrete a la favorita de no sé qué Califa, ha recibido el nombre de *Tocador de Lindaraja*, y es la mayor curiosidad de la Alhambra, la joya maravillosa de aquella mansion fantástica: en él se encuentra acumulado todo lo que el arte morisco puede ofrecer de mas delicado y de mas rico en materia de colores. El techo de aquel pequeño templo del amor, está cubierto con una red de adornos afiligranados y tapizado con las mas bellas sentencias,

que se enlazan como otras tantas guirnaldas de perlas de la imaginación oriental: aquellas ingeniosas inscripciones se encuentran también en los *azulejos* que han conservado su frescura primitiva.

En medio del esplendor de los dorados, se goza aquí de la fresca y exuberante verdura de los naranjos, y del perfume de los mirtos regados con el polvo húmedo de un elegante surtidor de agua. Aquel Eden florido y perfumado, está separado del resto del mundo, como pueden desearlo aquellos que aman: es un tranquilo y silencioso retiro en que la mirada embriagada, después de haber descansado en las flores, va a perderse en el éter profundo del firmamento; ese ojo leal y fiel que nos cubre con su protección misteriosa, y en el cual leemos, según las disposiciones del corazón, la felicidad ó la desgracia.

Las habitaciones que Carlos V mandó disponer para su persona en el Palacio de Verano de los reyes moros, y que debe haber ocupado, puesto que jamás se llegó a terminar su majestuoso palacio, parecen muy prosaicas y frías junto a esta magnificencia sensual del Oriente. No quedan más que algunos artesonados de madera, sombríos y toscos, semejantes a los que aun se encuentran en las viejas mansiones feudales. Desde el comedor del emperador se disfruta de la vista del jardín de Lindaraja, y por el otro lado miran las ventanas al patiecito con balcón enrejado, donde fué encerrada su pobre madre, Juana la Loca. Me complazco en creer, por honor de aquel grande hombre, que jamás supo el objeto a que estuvo destinado el pabellón.

Por el segundo piso de las habitaciones del emperador, pasamos a una galería asentada sobre la muralla exterior de la ciudadela que conduce al gracioso *Tocador de la reina*, cuyos contornos elegantes se adelantan en forma de baluarte sobre el valle del Darro. Indudablemente jamás ha tenido ninguna reina en el mundo, un retrete con tan hermosa vista. ¡Qué delicia debe ser disfrutar de los placeres del tocador en un lugar retirado, fuera del alcance de las miradas, en el aire libre de la montaña, y tener al mismo tiempo, a sus piés, el soberbio valle, la ciudad majestuosa, la rica *Vega* cubierta con sus tintas de oro y de esmeralda, y la cima de los plátanos que circundan con su fresca verdura la colina de la Alhambra y sus altas murallas! El acto del tocador tiene en sí, no sé qué es-

pecie de voluptuosidad agradable, especialmente para las mujeres: un adormecimiento delicioso se apodera del cuerpo, como para prepararlo a las fiestas futuras; la cabellera suelta y entregada a manos extrañas, le comunica el magnetismo de sus aromas. ¡Qué, pues, se sentirá aquí que el suelo de mármol transformado en pebetero, lanza espirales de perfumados aromas que envuelven a la hermosa sultana en nubes embalsamadas? Descansando el alma en dulce abandono, nada en un océano de pensamientos confusos. ¡Grande encanto debió ser pasar en este amoroso retrete largas horas en medio del amable juego de los pensamientos y de los cuidados voluptuosos del cuerpo!

Aquella pieza aérea y ligera, rodeada por una galería de columnas, domina por tres partes la cumbre de las fortificaciones que están sobre el Darro y la ciudad: esto basta para formarse idea del admirable cuadro que se presenta a las miradas. Figúrese la perspectiva encantadora y majestuosa de Ambrás, y el real panorama del Hradschin de Praga reunidos en la rica y vaporosa luz del país morisco, y se tendrá una idea de los esplendores de la Alhambra. Los frescos del Tocador fueron terminados en tiempo de Fernando é Isabel, y aun se ven enlazadas en el friso las iniciales de la pareja católica.

Corté en el patio de la Lindaraja, algunas rosas particulares del Palacio de Verano. Debajo del pabellón de la hermosa favorita, se encuentra la *Sala del Secreto*, pieza oscura, cuya bóveda construida con arte, trasmite por medio de un eco maravilloso a cada uno de los ángulos, las palabras que se pronuncian en voz baja en el ángulo opuesto. Fué construida por orden del piadoso y severo Felipe II, para diversion de sus hijos, a fin de que no tuviesen necesidad de procurarse distracciones fuera del castillo. Fué un extraño capricho el de relegar los entretenimientos de los jóvenes príncipes a aquella sala sombría, como si estos juegos de acústica, bastante siniestros, pudiesen reemplazar las horas alegres pasadas en el campo y en los bosques. Comenzaba entonces aquella etiqueta española, que, bajo los Borbones de la decadencia, ejerció una acción tan tristemente ridícula, y no permitió ya al soberano separarse de sus castillos, ni de su monótona capital; le prohibió el paseo durante el día, suprimió las fiestas, el juego y los bailes, y

acabó por impedir a los príncipes la asistencia al teatro, si no era en presencia del rey. La etiqueta es el alma de una corte, y por lo mismo es indispensable para todos los tronos: pero las córtes no deben carecer de animación ni de amable sociabilidad. Verdades, que en ellas hay algo más que hacer que divertirse; mas en medio de los esplendores imponentes del palacio y del respeto que circunda a la majestad soberana, el fastidio no debe subsistir jamás, porque con él, todo muere como en las aguas estancadas: la vida se extingue entónces, y con ella la actividad, como nos lo enseña la historia de España, este país tan desgraciado y tan hermoso.

Los baños, completamente restaurados hoy, son interesantes por su arquitectura y la disposición de las localidades. Se encuentra desde luego una grande antecámara dividida en alcobas por medio de arcos elegantes: las paredes están adornadas con los azulejos más magníficos: la luz no penetra sino después de haber sido suave y mágicamente tamizada a través de los rosetones o estrellas practicadas en la bóveda y cubiertas con vidrios de color. Allí se preparaban los baños de la misma manera que se hacía en las otras partes de Oriente: comenzaba el que iba a bañarse, por dejarse desnudar y magnetizar, por decirlo así, por los esclavos, para penetrar después a una pieza más extensa, donde una atmósfera de vapor caliente, dilataba los poros de la piel: esta sala tiene a derecha é izquierda, grandes fuentes de mármol blanco, y otras más pequeñas que servían de tinajas para los niños junto a las del rey y de la sultana; pero, con excepción de los azulejos que son notables por la riqueza del dibujo y de los colores, lo restante es de la mayor sencillez, pues aun están blanqueadas con cal las paredes y las bóvedas. Por el contrario la pieza siguiente que se encuentra después de la anterior y estaba destinada al reposo, allí el lujo oriental se despliega en toda su magnificencia: esta sala deliciosa tiene a su alrededor tribunas ó balcones, donde se colocaban músicos y cantores, para producir con sus melodías un suave adormecimiento a los augustos personajes. Actualmente se ocupan en reparar esta parte que ofrece grande semejanza con el pequeño patio que fué restaurado en el Alcázar de Sevilla.

Existe en la Alhambra un baluarte situado sobre el valle del Darro que se llama la torre de Comares, por haber sido este el nom-

bre de un hijo de Boabdil a quien aquel rey cruel hizo encerrar en ella, a consecuencia de un sueño alarmante. Boabdil desterró también de la Alhambra a Omar, otro hijo suyo, porque tocaba el violín y con esto irritaba los nervios del *Rey chico*. Le hizo construir otro palacio, el Generalife en la montaña que se llama *Silla del Moro* donde, sea dicho de paso, se perciben aún las ruinas de una ciudad romana. ¡Cuántos príncipes conozco que no son primogénitos y que se entregarían con ardor al estudio del violín, si por este medio pudieran obtener un palacio tan encantador como el Generalife!

En la Sala de la Misericordia hacían los moros sus oraciones antes de entrar en la mezquita, a la cual se llega por una elegante arquería donde hay un nicho en que guardaban el Corán. Aquella mezquita fué convertida en capilla en tiempo de Carlos V: está adornada con delgadas columnas de capiteles dorados que sostienen, como en las basílicas italianas, un artesonado de madera de forma plana. Las paredes, cubiertas con hermosos azulejos, presentan, además de las sentencias del Corán, al águila imperial con el altanero *plus ultra*, que muy pronto debía eclipsar todas las divisas de Oriente y Occidente. Hay en el altar un cuadro en figura de chimenea que representa a los Magos a los pies de la Sagrada familia, objeto felizmente escogido para decorar la antigua ciudadela de los moros vencidos por la Cruz. El coro, dorado solamente hasta la mitad, demuestra que la ornamentación de la capilla jamás quedó terminada. Aquí, como en todas las partes de la Alhambra, se vé sonreír a la poesía de la naturaleza: a los lados de dos ventanas enrejadas que dan al jardín que está al mismo piso de la capilla, enlazan las parras su gracioso follaje.

El Patio de los Mirtos se encuentra enfrente de los que acabamos de describir. Allí nos presentaron un registro establecido por el príncipe Dolgorouki, con objeto de impedir que los extranjeros manchen las paredes con sus nombres insignificantes. Todos tienen empeño en consignar aquí su visita, porque hay pocos electos que hayan disfrutado en su vida la felicidad de venir a Granada, y siempre siente uno orgullo en poder avisar a sus semejantes que ha visto también las maravillas de la Alhambra. En la primera página se vé brillar el nombre de Washington Irving,

ese cantor trasatlántico del palacio de las leyendas. Leímos también, marcado con la fecha de 2 de Mayo de 1841, el nombre tan estimado en la literatura italiana de la condesa Ida Hahn-Hahn.

De aquí se pasa a la sala de los Embajadores que se encuentra en la torre de Comares, y es donde la riqueza y la magnificencia orientales, han desplegado todos sus recursos. En ninguna otra parte son mas vastos los espacios ni mas elevadas las bóvedas: desde las celosías del balcon se goza de una perspectiva que realmente parece hecha por las hadas. La sala entera resplandece por sus dorados: la torre, sólida como la roca, ruda y sin adornos en la parte exterior, domina el valle con su masa imponente, y parece desafiar a los siglos. Por un contraste maravilloso, el interior inundado de luz por las celosías de las ventanas y los ajimeces de las cúpulas, resplandece como una sala brillante en medio del lujo oriental y fantástico de los Califas. Las paredes están cubiertas de azulejos y ladrillos barnizados, de una riqueza incomparable; el suelo está adornado con arabescos, y el artesonado de madera de cedro, maravillosamente esculpido, está decorado con extensas planchas de nácar, y brilla como un cielo que durante el día estuviese sembrado de estrellas. Aquella sala es verdaderamente magnífica, y tal vez la única de la Alhambra que corresponde a la idea de la majestad real.

Sentía yo un placer sin igual acercándome a las celosías del balcon para admirar a mi alrededor el mágico aspecto de la sala, y delante de mí el encantador panorama de Granada. Desde la azotea de la torre de Comares se disfruta de aquella vista en toda su extension. El *cicerone* nos enseñó al Oriente la montaña del *Ultimo Suspiro del Moro*: desde allí, Abu-Abdallah, el rey moro vencido por los cristianos, pudo percibir por última vez su hermosa Granada y su mágica Alhambra; se detuvo un breve tiempo, y amargos suspiros se escaparon de su pecho, y ardientes lágrimas corrieron por su rostro. ¡Cuán naturales fueron aquellos sentimientos! ¡Qué bien se comprende aquel dolor!

Desde el mismo punto vimos también nosotros las diferentes torres de la fortaleza, las mas notables, bajo el punto de vista histórico, son: la *Torre de la Vela* de que ya hemos hablado, la *Torre del Homenaje* y la de los *Infantes*, llamada también *Torre Encarnada*.

La torre de los Infantes contiene una pieza principal que ocupa la altura de dos pisos, y en el superior está rodeada por varias salas; esta disposición es bastante comun en la arquitectura morisca. Aquí vivieron tres hermanas: Saida, Zoraida y Sulima, con su aya que se llamó Zoraya. Aquellas tres hermanas eran hijas de un rey que las amaba a tal extremo, que hizo cuanto le fué posible por impedir que se casaran; y con este fin las tenía en la torre secuestradas del resto del mundo; pero el amor no conoce obstáculos, y el corazón del hombre tiene una tendencia natural a codiciar lo que le está prohibido. Así fué que dos jóvenes caballeros que también estaban encerrados en la *Torre Encarnada*, se enamoraron de las dos hijas mayores del rey; y con el auxilio de una escala de cuerda, consiguieron fugarse y libertar a las hermosas cautivas. Sulima, la mas joven, que no conocía el amor ni el mundo, rechazó al principio toda idea de rapto: quería permanecer sometida a la voluntad de su padre, lo que le era tanto mas fácil, cuanto que nada la inclinaba a desear la libertad. Mas las otras hermanas la decidieron, y ella se aventuró por la vacilante escala: la aya también fué robada, como lo hubiera sido un fardo; y habiendo todos montado en ágiles corceles, huyeron en dirección de la frondosa *Vega*. La aya, inexperta en este género de aventuras, se cayó del caballo, se rompió una pierna, y fué abandonada en medio del campo: *estorbo de ménos*.

Llegó la noche, el sol declinaba tras de las montañas vaporosas y azuladas y teñía con sus últimos rayos la altiva ciudad de los Califas en que reinaban la consternación y el luto. El rey lloraba por sus tres prendas, que formaban el orgullo de su corazón de padre, cuando la campana de alarma de la *Torre de la Vela* hizo resonar los aires hasta muy lejos, y entonces los creyentes encendieron grandes fogatas en las cumbres de las montañas, como era costumbre hacerlo siempre que esta campana sonaba. Pero los caballos eran rápidos y el amor tenía alas aun mas rápidas, y cuando las últimas fogatas se extinguieron, las tres infantas se hallaban fuera de todo alcance. La moral de la historia es que hasta los padres pueden amar exageradamente. La torre no guardó de sus hermosas habitantes mas que su nombre y su poético recuerdo; y este recuerdo es para el extraño pasajero un encanto

que se extiende por aquellos lugares como el perfume de una flor; quitádselo, y solo queda un calabozo arruinado y desierto.

Atravesamos en coche el parque, cuya fresca yerba y vegetación exuberante jamás se borrarán de mi memoria, y regresamos á la ciudad por este camino.

Por él llegamos al jardín de *Huerto Real*, que perteneció en otra época a Zúñiga, madre del último rey de los moros. El actual propietario es un marqués, cuyos progenitores de pelucas empolvadas presentan un aspecto bastante cómico en aquel Trián morisco. El edificio está al mismo piso que el jardín, al cual se penetra por un vasto salón y un pórtico.

Lo que a mis ojos hay de más agradable en esta mansión, son los gigantescos y seculares bosques de laureles que forman anchas bóvedas, bajo las cuales se encuentran elegantes juegos de aguas, que mantienen una frescura eterna. Los moros en su filosofía refinada de placer, sabían asociar la poesía con el arte y la naturaleza. Su religión les permitía los goces de este mundo en la más amplia escala, y los lugares adonde su imperio se extendía, eran aquellos en que la naturaleza prodigaba al hombre sus más ricos tesoros: era preciso, por lo mismo, que bajo la influencia de su imaginación oriental, se desarrollase una civilización infinitamente amable. Sé que muchas personas no admiran esos juegos de agua y esas cascadas, esos caños y esos canales, esas fuentes de mármol y esos puñados de diamantes que suben y vuelven a caer con armonioso murmurio, esos espejos argentados y lípidos rodeados de brillantes flores. Encuentran todo eso pueril y mezquino; pero yo creo que aquellas cosas convienen maravillosamente al clima y refrescan la vista, ejerciendo un atractivo singular sobre mi imaginación, que se siente ocupada toda entera y como magnetizada, que juega con la ola bulliciosa, que sube con el chorro de agua iluminado por un rayo de sol a los campos azulados del éter, que se lanza hasta los techos con esos millares de multiplicadas perlas, que vuelve a caer con las ruidosas cascadas y va a perderse jugueteando bajo las flores, en la sombra eternamente fresca de los laureles.

Uno de los principales ornamentos de Granada, es la vasta y sombría *alameda*, larga calzada formada por muchas hileras de ár-

boles de un verde único en España, y que termina en cada extremidad con una fuente monumental, cuyas aguas, cayendo en anchas masas, se evaporan en lluvia fina, en niebla húmeda que derrama una frescura deliciosa. Por la tarde se ve aquí reunido todo lo que la ciudad tiene de más hermoso, y no es poco decir, porque estamos en el Mediodía de la Península dorada, donde los soberbios ojos negros brillan con un fuego más ardiente que en cualquiera otra parte. Granada, regada por los veneros abundantes de la Sierra Nevada, es el único lugar de toda la Andalucía que no pierde durante el verano la frescura de la primavera: por todas partes se ve la ciudad agradablemente interrumpida por los árboles y los zarzales.

A la entrada del paseo se encuentra una capilla de poca apariencia, pero interesante por los recuerdos históricos que se relacionan con ella, y está cubierta de inscripciones grabadas sobre la piedra. Fué construida en el mismo lugar en que el rey católico, vencedor, abrazó al noble Abu-Abdallah. Éste huyó entonces más allá de la mar para llorar en los desiertos de África los hermosos días de Granada, y Fernando, único dueño de la Península, hizo su entrada en el palacio dorado de la Alhambra.

¡Qué ternura han conservado los moros por este palacio que fué obra suya y su encantadora morada! Cuando Abu-Abdallah se vió en la necesidad de dejarlo, no pudo resolverse a salir por la puerta principal: lo hizo por un postigo lateral, dirigiéndose agobiado de melancolía a la presencia del vencedor.

Granada, 2 de Octubre de 1851.

Hoy dedicamos otra vez nuestra primera salida al mágico palacio. Esta ocasión pude gustar con descanso de lo que ayer apenas vi con admiración. Aunque con trabajo, conseguimos que el gobernador de la Alhambra diese orden de hacer saltar las aguas en algunos patios, y en algunas salas. Las obras de reparación ejecutadas recientemente en los conductos, habían alterado un poco la claridad del agua; pero, a lo ménos, pudo oírse el rumor bajo las bóvedas doradas, y se pudo admirar la caída alegre y ligera en la fuente de mármol. Demasiado pronto nos despedimos de aquella

poética mansion, y nos trasladamos al palacio de recreo de Omar, el príncipe aficionado al violín, al *Generalife*. Este castillo mas pequeño que la Alhambra, está situado a mayor elevacion, en la fresca yerba de la montaña que le sirve de fondo. Visto por fuera con su levantamiento en forma de torre, parece mas bien un convento que un palacio de verano. En el interior se observa un pórtico muy hermoso que conduce a la habitacion principal por un largo y angosto jardin, cuyos prados están interrumpidos por canales. A lo largo del cercado se halla una série de arcos de follaje, que permiten a la vista pasar del jardin y extenderse a lo léjos por la parte de afuera. Otro prado, trazado con líneas regulares y adornado con grandes fuentes, confina con el primero, aunque es algunas toesas mas alto.

Aquí se vuelven a encontrar la soledad y el retiro tan queridos para los orientales: estos lugares deben ser para sus habitantes un paraíso poético y florido. Se complace uno en soñar que podria pasar su vida en estos jardines silenciosos y románticos. Aquí se ve medio enraizado en la pared, majestuoso y soberbio, el ciprés cinco veces secular, bajo el cual se pretende que la sultana Zoraida fué sorprendida con el Abencerrage.

Se sube la pendiente de la montaña por una escalera que tiene muy rápidos declives a ambos lados, y limitada por pequeños canales ó arroyos que se precipitan en cascadas regulares haciendo el rumor mas alegre y mas vivo del mundo. En cada escalon parten abundantes chorros de agua de en medio de pequeñas fuentes, y lanzan su garzota de líquido cristal hasta el espeso follaje de los bosques de laureles, cuyas ramas se cruzan sobre ellas. Por todas partes de la montaña corre el agua: a cada paso aparece una fuente, y siempre oye uno murmurar a su lado alguna ola extraviada de su curso que va a alimentar algun estanque ó a llevar la frescura al pié de un árbol. Aquella irrigacion ingeniosa, es un lujo poético que deberiamos imitar en nuestros países.

En el punto mas elevado del jardin, se encuentra un terrado desde donde se disfruta de una admirable perspectiva. El punto de vista mas hermoso y pintoresco, es la Residencia de Verano, que resalta altivamente con la torre de Comares y el elegante *Tocador de la reina* sobre la boscosa pendiente del Darro. Por este lado

presenta a la ciudad de Granada y a la *Vega*, el aspecto de un castillo gótico con sus almenas y sus torres irregulares. Pudiera uno creerse en Alemania, al observar la presencia imponente y formidable que ofrece a la vista este viejo castillo con sus tintes rojizos.

El duque de Montpensier quiso comprar el *Generalife* ántes de trasformar a San Telmo en una residencia mágica; pero aquel palacio pertenecia a un marqués español que habitaba ordinariamente en Génova, y las leyes que aquí rigen respecto de la propiedad amayorazgada, no permitieron la enajenacion. ¿Qué habria sido del castillo, si un príncipe opulento, de una imaginacion fecunda, como el noble duque, hubiese aplicado los recursos de su talento y de su gusto a un edificio tan admirablemente situado y tan interesante por las leyendas que recuerda?

Cartagena, 17 de Octubre de 1851.

Pasé a bordo este dia. Desde 14 de Octubre estamos en Cartagena, ciudad monótona y fastidiosa, cuyo aspecto nada tiene de interesante ni de pintoresco; y fué para mí una verdadera dicha, ver a las seis de la tarde que las velas de la fragata se desplegaban y que comenzábamos el camino que debia llevarnos al país natal.